

PRIMERA LECTURA

Lo vieron elevarse

Lectura de los Hechos de los apóstoles 1, 1-11

En mi primer Libro, querido Teófilo, me referí a todo lo que hizo y enseñó Jesús, desde el comienzo, hasta el día en que subió al cielo, después de haber dado, por medio del Espíritu Santo, sus últimas instrucciones a los Apóstoles que había elegido.

Después de su Pasión, Jesús se manifestó a ellos dándoles numerosas pruebas de que vivía, y durante cuarenta días se le apareció y les habló del Reino de Dios.

En una ocasión, mientras estaba comiendo con ellos, les recomendó que no se alejaran de Jerusalén y esperaran la promesa del Padre: «La promesa, les dijo, que yo les he anunciado. Porque Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo, dentro de pocos días.»

Los que estaban reunidos le preguntaron: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?»

El les respondió: «No les corresponde a ustedes conocer el tiempo y el momento que el Padre ha establecido con su propia autoridad. Pero recibirán la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra.»

Dicho esto, los Apóstoles lo vieron elevarse, y una nube lo ocultó de la vista de ellos. Como permanecían con la mirada puesta en el cielo mientras Jesús subía, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: «Hombres de Galilea, ¿por qué siguen mirando al cielo? Este Jesús que les ha sido quitado y fue elevado al cielo, vendrá de la misma manera que lo han visto partir.»

Palabra de Dios.

SALMO Sal 46, 2-3. 6-9

R. El Señor asciende entre aclamaciones.

O bien:

Aleluia.

Aplaudan, todos los pueblos,
aclamen al Señor con gritos de alegría;
porque el Señor, el Altísimo, es temible,
es el soberano de toda la tierra. **R.**

El Señor asciende entre aclamaciones,
asciende al sonido de trompetas.
Canten, canten a nuestro Dios,
canten, canten a nuestro Rey. **R.**

El Señor es el Rey de toda la tierra,

cántenle un hermoso himno.
El Señor reina sobre las naciones
el Señor se sienta en su trono sagrado. **R.**

SEGUNDA LECTURA

Lo hizo sentar a su derecha en el cielo

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Efeso 1, 17-23

Hermanos:

Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, les conceda un espíritu de sabiduría y de revelación que les permita conocerlo verdaderamente. Que él ilumine sus corazones, para que ustedes puedan valorar la esperanza a la que han sido llamados, los tesoros de gloria que encierra su herencia entre los santos, y la extraordinaria grandeza del poder con que él obra en nosotros, los creyentes, por la eficacia de su fuerza.

Este es el mismo poder que Dios manifestó en Cristo, cuando lo resucitó de entre los muertos y lo hizo sentar a su derecha en el cielo, elevándolo por encima de todo Principado, Potestad, Poder y Dominación, y de cualquier otra dignidad que pueda mencionarse tanto en este mundo como en el futuro.

El puso todas las cosas bajo sus pies y lo constituyó, por encima de todo, Cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo y la Plenitud de Aquél que llena completamente todas las cosas.

Palabra de Dios.

O bien:

Cristo entró en el cielo

Lectura de la carta a los Hebreos 9, 24-28; 10, 19-23

Cristo, en efecto, no entró en un Santuario erigido por manos humanas -simple figura del auténtico Santuario- sino en el cielo, para presentarse delante de Dios en favor nuestro. Y no entró para ofrecerse así mismo muchas veces, como lo hace el Sumo Sacerdote que penetra cada año en el Santuario con una sangre que no es la suya. Porque en ese caso, hubiera tenido que padecer muchas veces desde la creación del mundo. En cambio, ahora él se ha manifestado una sola vez, en la consumación de los tiempos, para abolir el pecado por medio de su Sacrificio. Y así como el destino de los hombres es morir una sola vez, después de lo cual viene el Juicio, así también Cristo, después de haberse ofrecido una sola vez para quitar los pecados de la multitud, aparecerá por segunda vez, ya no en relación con el pecado, sino para salvar a los que lo esperan.

Por lo tanto, hermanos, tenemos plena seguridad de que podemos entrar en el Santuario por la sangre de Jesús, siguiendo el camino nuevo y viviente que él nos abrió a través del velo del Templo, que es su carne. También tenemos un Sumo Sacerdote insigne al frente de la casa de Dios. Acerquémonos, entonces, con un corazón sincero y llenos de

fe, purificados interiormente de toda mala conciencia y con el cuerpo lavado por el agua pura. Mantengamos firmemente la confesión de nuestra esperanza, porque aquel que ha hecho la promesa es fiel.

Palabra de Dios.

ALELUIA Mt 28, 19a. 20b

Aleluia.

Dice el Señor:

Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos.

Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo.

Aleluia.

EVANGELIO

Mientras los bendecía, fue llevado al cielo

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Lucas 24, 46-53

Jesús dijo a sus discípulos:

«Así está escrito: el Mesías debía sufrir y resucitar de entre los muertos al tercer día, y comenzando por Jerusalén, en su Nombre debía predicarse a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de todo esto. Y yo les enviaré lo que mi Padre les ha prometido. Permanezcan en la ciudad, hasta que sean revestidos con la fuerza que viene de lo alto.»

Después Jesús los llevó hasta las proximidades de Betania y, elevando sus manos, los bendijo. Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo.

Los discípulos, que se habían postrado delante de él, volvieron a Jerusalén con gran alegría, y permanecían continuamente en el Templo alabando a Dios.

Palabra del Señor.

----- Exégesis-----

Alois Stöger

Últimas apariciones e instrucciones a los apóstoles

(Lc.24,44-49)

44 Les dijo: Esto es lo que yo os decía estando aún con vosotros: que era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos de mí. 45 Entonces les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras, 46 y les dijo: Que así estaba escrito que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos, 47 y que se predicase en su nombre la

conversión y la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén. 48 Vosotros daréis testimonio de esto. 49 Pues yo os envío la promesa de mi Padre; pero habéis de permanecer en la ciudad hasta que seáis revestidos del poder de lo alto.

Este pasaje, sin conexión necesaria con lo anterior, y en forma corporal, quiere responder, en su fondo, a las conversaciones de Cristo con los apóstoles en los 40 días en que les habló del reino (Hec_1:3). Al menos a esto responden, de hecho, las sentencias de este “sumario.”

En su exposición hay una síntesis del kérigma: el **“cumplimiento”** (v.44; cf. Hec_2:16; Hec_3:18; Hec_3:24; el sufrimiento del Mesías y su resurrección al tercer día (Hec_2:23ss; Hec_3:13-15; Hec_4:10); junto **con el arrepentimiento de los pecados**. Tal viene a ser, amplificado, el discurso de Pablo en Antioquía de Pisidia (Hec_13:26-41).

Varios son los puntos que recoge Lc:

Hacerles ver por la Escritura que enuncia en sus tres partes, y sobre todo al especificar los Salmos — quizá por su gran valor mesiánico, ya que, generalmente, sólo se citaban la Ley y los Profetas — , **que el plan del Padre no era el mesianismo ambiental, nacionalista y político, sino que el Mesías había de morir y resucitar**. Y entonces “les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras, y les dijo que así estaba escrito que el Mesías padeciese y **al tercer día resucitase de entre los muertos.**”

La frase de “abrirles la inteligencia para que entendiesen las Escrituras,” podría tener dos sentidos: o que Cristo les concede un carisma para que ellos penetren este sentido de las Escrituras, a diferencia de los de Emaús, a los que él abiertamente se las explicaba (Luc_24:26.27), o que se trate de una frase fundamentalmente equivalente a la de los de Emaús, aunque la redacción literaria sea algo distinta, pues aquí mismo dice Lc que después de “abrirles la inteligencia,” que es hacer comprender, “les dijo que así estaba escrito, que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos.” Es decir, explicación hecha por él mismo. Probablemente este segundo sentido sea preferible. Se les capacitó para que tuviesen una visión nueva — la auténtica — del A.T. Que se predicase en “su nombre,” del Cristo muerto y resucitado, la “penitencia” (μετάνοια) para la remisión de los pecados. Esta “penitencia” es cambiar el modo de ser, y de ver en El, con su mesianismo de cruz y de resurrección, al único Salvador que Dios puso para la salvación. En los Hechos de los Apóstoles dirá San Pedro ante el Sanedrín: “En ningún otro (Cristo) hay salud, pues ningún otro nombre (semitismo por persona) nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos” (Hec_4:12). Con la “conversión” a este Mesías y a su doctrina, se tiene la remisión de los pecados.

Esta predicación de Cristo Mesías y la salvación aneja a su fe es para “todas las naciones.” Es el universalismo de la fe (Mat_28:19.20). Pero en el plan de Dios será irradiada esta Buena Nueva comenzando por Jerusalén (Hec_1:8). Era todavía la bendición del Mesías al pueblo que lo crucificó, y como gran beneficio, al tiempo que pasaba el privilegio de Israel a las gentes. El mismo San Pablo reconocerá estas “primacías” privilegiadas de Israel.

Los apóstoles serán “los testigos” de toda esta verdad y enseñanza. La expresión “a todas las gentes,” vocabulario del N. T., pero que es el mesianismo profético, refleja también, redaccionalmente, la Iglesia primitiva ya en marcha (cf. Mar_16:20).

Pero van a ser preparados con la gran fuerza renovadora y fortalecedora de Pentecostés. Van a recibir el Espíritu Santo, de cuyo envío y obras tanto habló Jn en los discursos de la cena. El complemento de esto lo expone Lc en los Hechos de los Apóstoles (Hec_1:48; c.2).

La enseñanza — orden (Mat_28:19-20) — de que se “predique” a “todas las gentes” la salvación en “su nombre,” tema frecuente en Hechos de los Apóstoles (Mat_2:38; Mat_3:6; Mat_4:10.30), **es la proclamación de la divinidad de Cristo, pues tiene dos poderes de Yahvé: el perdón de los pecados y el “enviar” la promesa del Padre: el Espíritu Santo.**

La ascensión (Lc.24,50-53)

50 Los llevó hasta cerca de Betania, y, levantando sus manos, les bendijo, 51 y mientras los bendecía, se alejaba de ellos y era elevado al cielo. 52 Ellos se postraron ante El y se volvieron a Jerusalén con grande gozo. 53 Y estaban de continuo en el templo bendiciendo a Dios.

La parte deuterocanónica de Mc sólo consigna el hecho de la ascensión del Señor en presencia de los apóstoles. Lc describe algo más. Acaso sólo pone un resumen de lo que pudiera ser ya en su propósito la escritura del libro de los Hechos, en donde da una más amplia descripción de la ascensión. El relato no tiene conexión cronológica con lo anterior.

Lleva un día a los apóstoles hacia Betania, en el monte de los Olivos (Act). La tradición señala un lugar en la cima del monte de los Olivos como lugar de la ascensión.

En su ascensión, Cristo, “levantando sus brazos” al modo de los sacerdotes en el templo, “los bendecía” (cf. Lev_29:22ss; Eco_50:22-23). (...). El v. 51 evoca casi literalmente la “ascensión” de Elías (cf. 2Re_2:11).

Ellos “se postraron” ante El. (...). Era el acto de acatamiento ante la majestad de Cristo, que así subía a los cielos. Cuando, ante la pesca milagrosa (Luc_5:8ss), Pedro, admirado, “se postró” a los pies de Jesús, diciéndole que se apartase de él porque era pecador, **ahora era la reacción espontánea ante Cristo subiendo a los cielos.** (...)

Volvieron a Jerusalén. Se comprende el “gozo” de ellos al ver este término apoteósico del Cristo crucificado. Lc, que comienza su evangelio en el templo con el oficio sacerdotal de Zacarías, lo termina igualmente en el templo con la asidua oración de los apóstoles. Es una amplia construcción literaria de “inclusión semita.” “Continuamente” y en Lc es una forma ordinaria totalitaria para indicar una gran frecuencia, asistían a los actos de culto en el templo. El cristianismo no rompió de golpe con ciertas prácticas judaicas. El templo era el lugar de la oración, y allí, siguiendo el plan de Dios, asistían asiduamente, preparándose para la recepción del Espíritu Santo prometido. Ya se espera

el nuevo culto en el antiguo templo. El “gozo” es tema característico de Lc.

(Stöger, Alois, *El Evangelio según San Lucas, en El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Editorial Herder, Madrid, 1969)

Joseph Kurzinger

Últimos días de Jesucristo en la tierra (Hech.1,4-8)

4 Y comiendo con ellos, les mandó no apartarse de Jerusalén, sino esperar la promesa del Padre, que de mí habéis escuchado; 5 porque Juan bautizó en agua, pero vosotros, pasados no muchos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo. 6 Ellos, pues, estando reunidos, le preguntaban: Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel? 7 El les dijo: No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder soberano; 8 pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra.

Es normal que Jesús, después de su resurrección, aparezca a sus apóstoles en el curso de una comida y coma con ellos (cf. Mar_16:14; Luc_24:30.43; Jua_21:9-13; Hec_10:41). De esa manera, la prueba de que estaba realmente resucitado era más clara. En una de estas apariciones, al final ya de los cuarenta días que median entre resurrección y ascensión, les da un aviso importante: que no se ausenten de Jerusalén hasta después que reciban el Espíritu Santo. Quería el Señor que esta ciudad, centro de la teocracia judía, fuera también el lugar **donde se inaugurara oficialmente la Iglesia, adquiriendo así un hondo significado para los cristianos** (cf. Gal_4:25-26; Rev_3:12; Rev_21:2-22). Jerusalén será la iglesia-madre, y de ahí, una vez recibido el Espíritu Santo, **partirán los apóstoles para anunciar el reino de Dios** en el resto de Palestina y hasta los extremos de la tierra (cf. 1:8). Es probable que Lucas, para hacer resaltar esa idea, haya omitido en su evangelio la referencia a las apariciones en Galilea (cf. Luc_24:6-7 = Mat_16:7).

Llama al **Espíritu Santo “promesa del Padre,”** pues repetidas veces había sido prometido en el Antiguo Testamento para los tiempos mesiánicos (Isa_44:3; Eze_36:26-27; Joe_2:28-32), como luego hará notar San Pedro en su discurso del día de Pentecostés, dando razón del hecho (cf. 2:16). También Jesús lo había prometido varias veces a lo largo de su vida pública para después de que él se marchara (cf. Luc_24:49; Jua_14:16; Jua_16:7). Ni se contenta con decir **que recibirán el Espíritu Santo**, sino que, haciendo referencia a una frase del Bautista (cf. Luc_3:16), dice que “serán bautizados” en él, es decir, como *sumergidos* en el torrente de sus gracias y de sus dones 24. Evidentemente alude con ello a la gran efusión de Pentecostés (cf. 11:16), que luego se describirá con detalle (cf. 2:1-4).

La pregunta de los apóstoles de si iba, por fin, a “restablecer el reino de Israel” no está claro si fue hecha en la misma reunión a que se alude en el v.4, o más bien en otra reunión distinta. Quizá sea más probable esto último, pues la reunión del v.4 parece que fue en Jerusalén y estando en casa, mientras que ésta del v.6 parece que tuvo lugar en el monte de los Olivos, cerca de Betania (cf. v.9-12; Luc_24:50). Con todo, la cosa no es clara, pues la frase “dicho esto” del v.9, narrando a renglón seguido la ascensión, no exige necesariamente que ésta hubiera de tener lugar en el mismo sitio donde comenzó la reunión. Pudo muy bien suceder que la reunión comenzara en Jerusalén y luego salieran todos juntos de la ciudad por el camino de Betania, llegando hasta la cumbre del monte Olivete, donde habría tenido lugar la ascensión. La distancia no era larga, sino el “camino de un sábado” (Luc_1:12), es decir, unos dos mil codos, que era lo que, según la enseñanza de los rabinos, podían caminar los israelitas sin violar el descanso sagrado del sábado. En total, pues, poco menos de un kilómetro, si se entiende el codo vulgar (= 0:450 m.), o poco más de un kilómetro, si se entiende el codo mayor o regio (= 0:525 m.). La misma pregunta de si era “ahora cuando iba a restablecer el reino de Israel,” parece estar sugerida por la anterior promesa del Señor de que, pasados pocos días, **serían bautizados en el Espíritu Santo.**

Hay autores, particularmente entre los que suponen un solo volumen original que incluía *tercer evangelio y Hechos*, que dicen ser este v.6 el que recoge el hilo de la narración interrumpida en Lc_24:49. Mas sea de eso lo que fuere, es interesante hacer notar cómo los discípulos, después de varios años de convivencia con el Maestro, seguían aún ilusionados con una restauración temporal de la realeza davídica, con dominio de Israel sobre los otros pueblos. Así interpretaban lo dicho por los profetas sobre el reino mesiánico (cf. Isa_11:12; Isa_14:2; Isa_49:23; Eze_11:17; Ose_3:5; Amo_9:11-15; Sal_2:8; Sal_110:2-5), a pesar de que ya Jesús, en varias ocasiones, les había declarado la naturaleza espiritual de ese reino (cf. Mat_16:21-28; Mat_20:26-28; Luc_17:20-21; Luc_18:31-34; Jua_18:36). No renegaban con ello de su fe en Jesús, antes, al contrario, viéndole ahora resucitado y triunfante, se sentían más confiados y unidos a él; pero tenían aún muy metida esa concepción político-mesiánica, que tantas veces se deja traslucir en los Evangelios (cf. Mat_20:21; Luc_24:21; Jua_6:15) y que obligaba a Jesús a usar de suma prudencia al manifestar su carácter de Mesías, a fin de no provocar levantamientos peligrosos que obstaculizasen su misión (cf. Mat_13:13; Mat_16:20; Mar_3:11-12; Mar_9:9). **Sólo la luz del Espíritu Santo acabará de corregir estos prejuicios judaicos de los apóstoles, dándoles a conocer la verdadera naturaleza del Evangelio.** De momento, Jesús no cree oportuno volver a insistir sobre el particular, y se contenta con responder a la cuestión cronológica, diciéndoles que el pleno establecimiento del reino mesiánico, de cuya naturaleza él ahora nada específica, es de la sola competencia del Padre, que es quien ha fijado los diversos “tiempos y momentos” de preparación (cf. 17:30; Rom_3:26; 1Pe_1:11), inauguración (Mar_1:15; Gal_4:4; 1Ti_2:6), desarrollo (Mat_13:30; Rom_11:25; Rom_13:11; 2Co_6:2; 1Te_5:1-11) y consumación definitiva (Mat_24:36; Mat_25:31-46; Rom_2:5-11; 1Co_1:7-8; 2Te_1:6-10). En tal ignorancia, lo que a ellos toca, una vez recibida la fuerza procedente del Espíritu Santo, es trabajar por ese restablecimiento, presentándose como **testigos de los hechos y enseñanzas de Jesús**, primero en Jerusalén, luego en toda la Palestina y, finalmente, en medio de la gentilidad.

Tal es la consigna dada por Cristo a su Iglesia con palabras que son todo un programa: “recibiréis la virtud del Espíritu Santo y seréis mis testigos...” lo que viene a significar que la Iglesia es concebida como una realización *jerárquico-carismática*, que descansa en el principio del envío. El testimonio de esos “testigos” será testimonio del Espíritu

Santo (cf. 2:4; 4:31; 5:32; 15:28). **Es un mandato y una promesa.** Al reino de Israel, limitado a Palestina, opone Jesús la universalidad **de su Iglesia y de su reino**, predicha ya por los profetas (cf. Sal_87:1-7; Isa_2:2-4; Isa_45:14; Isa_60:6-14; Jer_16:19-21, Sof_3:9-10; Zac_8:20-23) y repetidamente afirmada por él (cf. Mat_8:11; Mat_24:14; Mat_28:19; Luc_24:47).

La ascensión (Hech.1,9-11)

9 Dicho esto y viéndole ellos, se elevó, y una nube le ocultó a sus ojos. 10 Mientras estaban mirando al cielo, fija la vista en El, que se iba, dos varones con hábitos blancos se les pusieron delante, 11 y les dijeron: Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo vendrá así, como le habéis visto ir al cielo.

Narra aquí San Lucas, con preciosos detalles, el hecho trascendental de la ascensión de Jesús al cielo. Ya lo había narrado también en su evangelio, aunque más concisamente (cf. Luc_24:50-52). Lo mismo hizo San Marcos (Mar_16:19). San Mateo y San Juan lo dan por supuesto, aunque explícitamente nada dicen (cf. Mat_28:16-20; Jua_21:25).

Parece que la acción fue más bien lenta, pues los apóstoles están mirando al cielo mientras “se iba.” Evidentemente, se trata de una descripción según las apariencias físicas, sin intención alguna de orden científico-astronómico. Es el cielo atmosférico, que puede contemplar cualquier espectador, y está fuera de propósito querer ver ahí alusión a alguno de los cielos de la cosmografía hebrea o de la cosmografía helenística (cf. 2Co_12:2). Los dos personajes “con hábitos blancos” son dos ángeles en forma humana, igual que los que aparecieron a las mujeres junto al sepulcro vacío de Jesús (Luc_24:4; Jua_20:12).

En cuanto a la nube, ya en el Antiguo Testamento una nube reverencial acompañaba casi siempre las teofanías (cf. Exo_13:21-22; Exo_16:10; Exo_19:9; Lev_16:2; Sal_97:2; Isa_19:1; Eze_1:4). También en el Nuevo Testamento aparece la nube cuando la transfiguración de Jesús (Luc_9:34-35). **El profeta Daniel habla de que el “Hijo del Hombre” vendrá sobre las nubes a establecer el reino mesiánico** (Dan_7:13-14), pasaje al que hace alusión Jesucristo aplicándolo a sí mismo (cf. Mat_24:30; Mat_26:64). Es obvio, pues, que, al entrar Jesucristo ahora en su gloria, una vez cumplida su misión terrestre, aparezca también la nube, **símbolo de la presencia y majestad divinas**. Los dos personajes de “hábito blanco,” de modo semejante a lo ocurrido en la escena de la resurrección (cf. Luc_24:4), anuncian a los apóstoles que Jesús reaparecerá de nuevo de la misma manera que lo ven ahora desaparecer, sólo que a la inversa, pues ahora desaparece subiendo y entonces reaparecerá descendiendo. Alusión, sin duda, **al retorno glorioso de Jesús en la parusía**, que desde ese momento constituye la suprema expectativa de la primera generación cristiana, y cuya esperanza los alentaba y sostenía en sus trabajos (cf. 3:20-21; 1Te_4:16-18; 2Pe_3:8-14).

Es claro que, teológicamente hablando, **Jesús ha entrado en la Vida desde el momento mismo de la Resurrección**, sin que haya de hacerse esa espera de cuarenta días hasta la Ascensión. Lo que se trata de indicar es que Jesús, aunque viviera ya en el

mundo futuro escatológico, todavía se manifestaba en este mundo nuestro, a fin de instruir y animar a sus fieles 25.

(Kurzinger, J., *Los Hechos de los Apóstoles*, en *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Editorial Herder, Madrid, 1969)

----- Comentario Teológico -----

Benedicto XVI

Subió al cielo, y está sentado a la derecha de Dios Padre, y de nuevo vendrá con gloria

Los cuatro Evangelios, y también san Pablo en su narración sobre la resurrección en 1 Corintios 15, presuponen que las apariciones del Resucitado tuvieron lugar en un periodo de tiempo limitado. Pablo es consciente de que a él, como el último, se le ha concedido todavía un encuentro con Cristo resucitado. También el sentido de las apariciones está claro en toda la tradición: se trata ante todo de agrupar un círculo de discípulos que puedan testimoniar que Jesús no ha permanecido en el sepulcro, sino que está vivo. Su testimonio concreto se convierte esencialmente en una misión: han de anunciar al mundo que Jesús es el Viviente, la Vida misma.

Tienen la tarea de intentar, una vez más, congregar primero a Israel en torno a Jesús resucitado. También para Pablo el anuncio comienza siempre con el testimonio ante los judíos, como primeros destinatarios de la salvación. Pero la meta última de los enviados de Jesús es universal: «Se me ha dado poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos» (Mt 28,18s). «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaria, y hasta los confines del mundo» (Hch 1,8). «Ponte en camino —dice el Resucitado a Pablo— porque yo te voy a enviar lejos, a los gentiles» (Hch 22,21).

También forma parte del mensaje de los testigos anunciar que Jesús vendrá de nuevo para juzgar a vivos y muertos, y para establecer definitivamente el Reino de Dios en el mundo. Una gran corriente de la teología moderna ha sostenido que este anuncio es el contenido principal, si no el único núcleo del mensaje. Se afirma así que Jesús mismo habría pensado exclusivamente en categorías escatológicas. La «espera inminente» del Reino habría sido el verdadero elemento específico de su mensaje y el primer anuncio apostólico no habría sido diferente.

Si esto fuera cierto —cabe preguntarse—, ¿cómo podría haber persistido la fe cristiana una vez comprobado que la esperanza inminente no se cumplió? De hecho, esta teoría contrasta con los textos y también con la realidad del cristianismo naciente, que experimentó la fe como una fuerza que actúa en el presente y, a la vez, como esperanza.

Los discípulos han hablado ciertamente del retorno de Jesús, pero, sobre todo, han dado testimonio de que Él es el que ahora vive, que es la Vida misma, en virtud de la cual también nosotros llegamos a ser vivientes (cf. Jn 14,19). Pero ¿cómo puede ser esto?

¿Dónde lo encontramos? El, el Resucitado, el «ensalzado a la derecha de Dios» (cf. Hch 2,33), ¿acaso no está precisamente por eso completamente ausente? O, por el contrario, ¿es de algún modo accesible? ¿Podemos adentrarnos nosotros hasta «la derecha del Padre»? ¿Existe, no obstante, en la ausencia también una presencia real? ¿No volverá a nosotros sólo en un último día desconocido? ¿Puede venir también hoy?

Estas preguntas caracterizan el Evangelio de Juan, y también las Cartas de san Pablo ofrecen una respuesta. Pero lo esencial de dicha respuesta está trazado también en las narraciones sobre la «ascensión», con las que se concluye el Evangelio de Lucas y comienzan los Hechos de los Apóstoles.

Vayamos, pues, a la conclusión del Evangelio de Lucas. Allí se habla de cómo Jesús se aparece a los apóstoles que, junto a los dos discípulos de Emaús, están reunidos en Jerusalén. Él come con ellos y da algunas instrucciones. Las últimas frases del Evangelio dicen: «Después los sacó hacia Betania y, levantando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos subiendo hacia el cielo. Ellos se volvieron a Jerusalén con gran alegría; y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios» (24,50-53).

Esta conclusión nos sorprende. Lucas nos dice que los discípulos estaban llenos de alegría después de que el Señor se había alejado de ellos definitivamente. Nosotros nos esperaríamos lo contrario. Nos esperaríamos que hubieran quedado desconcertados y tristes. El mundo no había cambiado, Jesús se había separado definitivamente. Habían recibido una tarea aparentemente irrealizable, una tarea que superaba sus fuerzas. ¿Cómo podían presentarse ante la gente en Jerusalén, en Israel, en todo el mundo, diciendo: «Aquel Jesús, aparentemente fracasado, es sin embargo el Salvador de todos nosotros»? Todo adiós deja tras de sí un dolor. Aunque Jesús había partido como persona viviente, ¿cómo es posible que su despedida definitiva no les causara tristeza? No obstante, se lee que volvieron a Jerusalén llenos de alegría y alababan a Dios. ¿Cómo podemos entender nosotros todo esto?

En todo caso, lo que se puede deducir de ello es que los discípulos no se sienten abandonados; no creen que Jesús se haya como disipado en un cielo inaccesible y lejano. Evidentemente, están seguros de una presencia nueva de Jesús. Están seguros de que el Resucitado (como Él mismo había dicho, según Mateo), está presente entre ellos, precisamente ahora, de una manera nueva y poderosa. Ellos saben que «la derecha de Dios», donde Él está ahora «enaltecido», implica un nuevo modo de su presencia, que ya no se puede perder; el modo en que únicamente Dios puede sernos cercano.

La alegría de los discípulos después de la «ascensión» corrige nuestra imagen de este acontecimiento. La «ascensión» no es un marcharse a una zona lejana del cosmos, sino la permanente cercanía que los discípulos experimentan con tal fuerza que les produce una alegría duradera.

Así, la conclusión del Evangelio de Lucas nos ayuda a comprender mejor el comienzo de los

Hechos de los Apóstoles en el que se relata explícitamente la «ascensión» de Jesús. Aquí, a la partida de Jesús precede un coloquio en el que los discípulos — todavía apegados a sus viejas ideas— preguntan si acaso no ha llegado el momento de instaurar el reino de Israel.

A esta idea de un reino davídico renovado Jesús contrapone una promesa y una encomienda. La promesa es que estarán llenos de la fuerza del Espíritu Santo; la encomienda consiste en que deberán ser sus testigos hasta los confines del mundo.

Se rechaza explícitamente la pregunta acerca del tiempo y del momento. La actitud de los discípulos no debe ser ni la de hacer conjeturas sobre la historia ni la de tener fija la mirada en el futuro desconocido. El cristianismo es presencia: don y tarea; estar contentos por la cercanía interior de Dios y —fundándose en eso— contribuir activamente a dar testimonio en favor de Jesucristo.

En este contexto se inserta luego la mención de la nube que lo envuelve y lo oculta a sus ojos. La nube nos recuerda el momento de la transfiguración, en que una nube luminosa se posa sobre Jesús y sobre los discípulos (cf. Mt 17,5; Mc 9,7; Lc 9,34s). Nos recuerda la hora del encuentro entre María y el mensajero de Dios, Gabriel, el cual le anuncia que el poder del Altísimo la «cubrirá con su sombra» (Lc 1,35). Nos hace pensar en la tienda sagrada del Señor en la Antigua Alianza, en la cual la nube es la señal de la presencia de JHWH (cf. Ex 40,34s), que, también en forma de nube, va delante de Israel durante su peregrinación por el desierto (cf. Ex 13,21s). La observación sobre la nube tiene un carácter claramente teológico. Presenta la desaparición de Jesús no como un viaje hacia las estrellas, sino como un entrar en el misterio de Dios. Con eso se alude a un orden de magnitud completamente diferente, a otra dimensión del ser.

El Nuevo Testamento —desde los Hechos de los Apóstoles hasta la Carta a los Hebreos—, haciendo referencia al Salmo 110,1 describe el «lugar» al que Jesús se ha ido con una nube como un «sentarse» (o estar) a la derecha de Dios. ¿Qué significa esto? Este modo de hablar no se refiere a un espacio cósmico lejano, en el que Dios, por decirlo así, habría erigido su trono y en él habría dado un puesto también a Jesús. Dios no está en un espacio junto a otros espacios. Dios es Dios. Él es el presupuesto y el fundamento de toda dimensión espacial existente, pero no forma parte de ella. La relación de Dios con todo lo que tiene espacio es la del Dios y Creador. Su presencia no es espacial sino, precisamente, divina. Estar «sentado a la derecha de Dios» significa participar en la soberanía propia de Dios sobre todo espacio.

En una disputa con los fariseos, Jesús mismo da al Salmo 110 una nueva interpretación que ha orientado la comprensión de los cristianos. A la idea del Mesías como nuevo David con un nuevo reino davídico —idea que hace poco hemos encontrado en los discípulos—, Él contrapone una visión más grande de Aquel que ha de venir: el verdadero Mesías no es el hijo de David, sino el Señor de David; no se sienta sobre el trono de David, sino sobre el trono de Dios (cf. Mt 22,41-45).

El Jesús que se despide no va a alguna parte en un astro lejano. Él entra en la comunión de vida y poder con el Dios viviente, en la situación de superioridad de Dios sobre todo espacio. Por eso «no se ha marchado», sino que, en virtud del mismo poder de Dios, ahora está siempre presente junto a nosotros y por nosotros. En los discursos de despedida en el Evangelio de Juan, Jesús dice precisamente esto a sus discípulos: «Me voy y vuelvo a vuestro lado» (14,28). Aquí está sintetizada maravillosamente la peculiaridad del «irse» de Jesús, que es al mismo tiempo su «venir», y con eso queda explicado también el misterio acerca de la cruz, la resurrección y la ascensión. Su irse es precisamente así un venir, un nuevo modo de cercanía, de presencia permanente, que Juan pone también en

relación con la «alegría», de la que antes hemos oído hablar en el Evangelio de Lucas.

Puesto que Jesús está junto al Padre, no está lejos, sino cerca de nosotros. Ahora ya no se encuentra en un solo lugar del mundo, como antes de la «ascensión»; con su poder que supera todo espacio, Él no está ahora en un solo sitio, sino que está presente al lado de todos, y todos lo pueden invocar en todo lugar y a lo largo de la historia.

(...)

Desde otro punto de vista totalmente distinto puede verse algo parecido en el relato de la primera aparición del Resucitado a María Magdalena, teológica y antropológicamente muy denso. Quisiera hacer notar aquí solamente un detalle.

Después de las palabras de los dos ángeles vestidos de blanco, María se dio media vuelta y vio a Jesús, pero no lo reconoció. Entonces Él la llama por su nombre: «¡María!». Ella tiene que volverse otra vez, y ahora reconoce con alegría al Resucitado, al que llama «Rabbuní», su Maestro. Quiere tocarlo, retenerlo, pero el Señor le dice: «Suéltame, que todavía no he subido al Padre» (Un 20,17). Esto nos sorprende. Es como decir: Precisamente ahora que lo tiene delante, ella puede tocarlo, tenerlo consigo. Cuando habrá subido al Padre, eso ya no será posible. Pero el Señor dice lo contrario: Ahora no lo puede tocar, retenerlo. La relación anterior con el Jesús terrenal ya no es posible.

Se trata aquí de la misma experiencia a la que se refiere Pablo en 2 Corintios 5,16s: «Si conocimos a Cristo según los criterios humanos, ya no lo conocemos así. Si uno está en Cristo, es una criatura nueva». El viejo modo humano de estar juntos y de encontrarse queda superado. Ahora ya sólo se puede tocar a Jesús «junto al Padre». Únicamente se le puede tocar subiendo. Él nos resulta accesible y cercano de manera nueva: a partir del Padre, en comunión con el Padre.

Esta nueva capacidad de acceder presupone también una novedad por nuestra parte: por el bautismo, nuestra vida está ya escondida con Cristo en Dios; en nuestra verdadera existencia ya estamos «allá arriba», junto a Él, a la derecha del Padre (cf. Col 3,1ss). Si nos adentramos en la esencia de nuestra existencia cristiana, entonces tocamos al Resucitado: allí somos plenamente nosotros mismos. El tocar a Cristo y el subir están intrínsecamente enlazados. Y recordemos que, según Juan, el lugar de la «elevación» de Cristo es su cruz, y que nuestra «ascensión» —que siempre es necesaria cada vez—, nuestro subir para tocarlo, ha de ser un caminar junto con el Crucificado.

El Cristo junto al Padre no está lejos de nosotros; si acaso, somos nosotros los que estamos lejos de Él; pero la senda entre Él y nosotros está abierta. De lo que se trata aquí no es de un recorrido de carácter cósmico-geográfico, sino de la

«navegación espacial» del corazón, que lleva de la dimensión de un encerramiento en sí mismo hasta la dimensión nueva del amor divino que abraza el universo.

Volvamos todavía al primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles. Hemos dicho que la existencia cristiana no consiste en escudriñar el futuro, sino, de un lado, en el don del Espíritu Santo y, de otro, en el testimonio universal de los discípulos en favor de Jesús crucificado y resucitado (cf. Hch 1,6-8). Y la desaparición de Jesús a través de la nube

no significa un movimiento hacia otro lugar cósmico, sino su ascensión en el ser mismo de Dios y, así, la participación en su poder de presencia en el mundo.

Luego el texto prosigue. Al igual que antes, junto al sepulcro (cf. Lc 24,4), también ahora aparecen dos hombres vestidos de blanco y dirigen un mensaje: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo, volverá como le habéis visto marcharse» (Hch 1,11). Con eso queda confirmada la fe en el retorno de Jesús, pero al mismo tiempo se subraya una vez más que no es tarea de los discípulos quedarse mirando al cielo o conocer los tiempos y los momentos escondidos en el secreto de Dios. Ahora su tarea es llevar el testimonio de Cristo hasta los confines de la tierra.

La fe en el retorno de Cristo es el segundo pilar de la confesión cristiana. Él, que se ha hecho

carne y permanece Hombre sin cesar, que ha inaugurado para siempre en Dios el puesto del ser humano, llama a todo el mundo a entrar en los brazos abiertos de Dios, para que al final Dios se haga todo en todos, y el Hijo pueda entregar al Padre al mundo entero asumido en Él (cf. 1 Co 15,20-28). Esto implica la certeza en la esperanza de que Dios enjugará toda lágrima, que nada quedará sin sentido, que toda injusticia quedará superada y establecida la justicia. La victoria del amor será la última palabra de la historia del mundo.

Como actitud de fondo para el «tiempo intermedio», a los cristianos se les pide la vigilancia. Esta vigilancia significa, de un lado, que el hombre no se encierre en el momento presente, abandonándose a las cosas tangibles, sino que levante la mirada más allá de lo momentáneo y sus urgencias.

De lo que se trata es de tener la mirada puesta en Dios para recibir de Él el criterio y la capacidad de obrar de manera justa.

Por otro lado, vigilancia significa sobre todo apertura al bien, a la verdad, a Dios, en medio de un mundo a menudo inexplicable y acosado por el poder del mal. Significa que el hombre busque con todas las fuerzas y con gran sobriedad hacer lo que es justo, no viviendo según sus propios deseos, sino según la orientación de la fe. Todo eso está explicado en las parábolas escatológicas de Jesús,

particularmente en la del siervo vigilante (cf. Lc 12,42-48) y, de otra manera, en la de las vírgenes necias y las vírgenes prudentes (cf. Mt 25,1-13).

Pero ¿cuál es la situación de la existencia cristiana respecto al retorno del Señor? ¿Lo esperamos de buena gana o no? Ya Cipriano de Cartago († 258) se vio en la necesidad de exhortar a sus lectores a que el temor ante las grandes catástrofes o ante la muerte no les alejara de la oración por el retorno de Cristo. ¿Debemos acaso apreciar más el mundo que está declinando que al Señor que, no obstante, esperamos?

El Apocalipsis termina con la promesa del retorno del Señor e implorando que se cumpla: «El que atestigua esto responde: "Sí, vengo enseguida". Amén. ¡Ven, Señor Jesús!» (22,20). Es la oración de la persona enamorada que, en la ciudad asediada y oprimida por tantas amenazas y los horrores de la destrucción, espera necesariamente con afán la llegada del Amado, que tiene el poder de romper el asedio y traer la

salvación. Es el grito lleno de esperanza que anhela la cercanía de Jesús en una situación de peligro, en la que sólo Él puede ayudar.

Pablo pone al final de la Primera Carta a los Corintios la misma oración según la formulación aramea, pero que puede ser dividida y, por tanto, también entendida de dos maneras diferentes: «Marana tha» («Ven, Señor»), o bien, «Marana tha» («El Señor viene»). En este doble modo de lectura se puede ver claramente la peculiaridad de la espera cristiana de la llegada de Jesús. Es al mismo tiempo el grito: «Ven»; y la certeza llena de gratitud: «Él viene».

Sabemos por la Didaché (ca. 100) que este grito formaba parte de las plegarias litúrgicas de la celebración eucarística de los primeros cristianos; aquí se encuentra también concretamente la unidad de los dos modos de lectura. Los cristianos invocan la llegada definitiva de Jesús y ven al mismo tiempo con alegría y gratitud que ya ahora Él anticipa esta llegada: ya ahora viene a estar entre nosotros.

La oración cristiana por el retorno de Jesús contiene siempre también la experiencia de su presencia. Esta plegaria nunca se refiere exclusivamente al futuro. Sigue siendo válido precisamente lo que ha dicho el Resucitado: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Él está con nosotros ahora, y de modo particularmente denso en la presencia eucarística. Pero, viceversa, la experiencia cristiana de la presencia lleva también en sí misma la tensión hacia el futuro, hacia la presencia definitivamente cumplida: la presencia de ahora no es todavía completa. Impulsa más allá de ella misma. Nos pone en camino hacia lo definitivo.

(...)

Volvamos una vez más a la conclusión del Evangelio de Lucas. Jesús llevó a los suyos cerca de Betania, se nos dice. «Levantando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos subiendo hacia el cielo» (24,50s). Jesús se va bendiciendo, y permanece en la bendición. Sus manos quedan extendidas sobre este mundo. Las manos de Cristo que bendicen son como un techo que nos protege. Pero son al mismo tiempo un gesto de apertura que desgarrar el mundo para que el cielo penetre en él y llegue a ser en él una presencia. En el gesto de las manos que bendicen se expresa la relación duradera de Jesús con sus discípulos, con el mundo. En el marcharse, Él viene para elevarnos por encima de nosotros mismos y abrir el mundo a Dios. Por eso los discípulos pudieron alegrarse cuando volvieron de Betania a casa. Por la fe sabemos que Jesús, bendiciendo, tiene sus manos extendidas sobre nosotros. Ésta es la razón permanente de la alegría cristiana.

(Ratzinger, J. - Benedicto XVI, Jesús de Nazaret (II), Editorial Planeta, Madrid, 2011, p. 323-39)

San Agustín

La ascensión del Señor

1. El Señor Jesús, hijo unigénito del Padre y coeterno al que lo engendró, como él invisible, inmutable, omnipotente y Dios, se hizo hombre por nosotros, como sabéis, habéis recibido y creéis, tomando la forma humana sin perder la divina, ocultamente poderoso y manifiestamente débil. Como sabéis, nació para que nosotros renaciéramos; murió para que nosotros no muriéramos eternamente. De inmediato, es decir, al tercer día, resucitó y nos prometió para el final la resurrección de nuestra carne. Se presentó ante sus discípulos para que lo viesen con sus ojos y lo tocasen con sus manos, convenciéndoles de que había sido hecho sin perder lo que era desde siempre. Gimo habéis oído, vivió con ellos cuarenta días, entrando y saliendo, comiendo y bebiendo; no porque lo necesitase, sino porque estaba en su poder hacerlo, y manifestándoles la verdad de su carne, su debilidad en la cruz y su inmortalidad desde que salió del sepulcro.

2. Hoy celebramos, pues, el día de su ascensión. Coincide que esta iglesia celebra también otra festividad local. Hoy es la deposición de San Leoncio, el fundador de esta

basílica, más permita la estrella ser eclipsada por el sol. Así, pues, hablemos del Señor, como habíamos comenzado. El buen siervo goza cuando se alaba a su señor.

3. En este día, es decir, cuarenta después de su resurrección, el Señor ascendió al cielo. No lo vimos, más creámoslo. Quienes lo vieron, lo anunciaron, y llenaron el orbe de la tierra. Sabéis quiénes lo vieron y quiénes nos lo indicaron: aquellos de quienes se dijo: No hay idioma ni lengua en los que no se oigan sus voces. Su voz se extendió por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del orbe de la tierra. Llegaron, pues, hasta nosotros y nos despertaron del sueño: ved que el presente día se celebra en toda la tierra.

4. Recordad el salmo. ¿A quién se dijo: Levántate sobre los cielos, oh Dios? ¿A quién se dijo? ¿Acaso podría decirse: Levántate, a Dios Padre, que nunca se abajó? Levántate tú, tú que estuviste encerrado en el seno de tu madre; tú que fuiste hecho en la que tú hiciste; tú que yaciste en un pesebre; tú que, como cualquier niño, tomaste el pecho de carne; tú que, a la vez que llevabas el mundo, eras llevado por tu madre; tú a quien el anciano Simeón reconoció cuando eras niño y alabó tu grandeza; tú a quien la viuda Ana te vio tomando el pecho y reconoció tu omnipotencia; tú que por nosotros sufriste hambre y sed y por nosotros te fatigaste en el camino —¿acaso padece hambre el pan, sed la fuente o se fatiga el camino?—; tú que padeciste todo esto por nosotros; tú que te dormiste y, sin embargo, no duermes, en cuanto guardián de Israel; finalmente, tú a quien vendió Judas, a quien compraron los judíos y no te poseyeron; tú que fuiste apresado, atado, flagelado, coronado de espinas, colgado del madero, perforado por una lanza; tú muerto, tú sepultado, levántate sobre los cielos, ¡oh Dios! Levántate, dijo; levántate sobre los cielos, porque eres Dios. Pon tu trono en el cielo, tú que pendiste del madero. Eres esperado como juez, tú a quien esperaron para poder juzgarte. ¿Quién creería todo esto de no ser su autor el que levanta de la tierra al indigente y de la basura al pobre? El mismo levanta su carne indigente y la coloca junto a los príncipes de su

pueblo, en compañía de los cuales ha de juzgar a vivos y muertos. Colocó su carne junto a aquellos a quienes dice: Os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

5. Levántate, pues, sobre los cielos. Ya ha tenido lugar, ya se ha cumplido. Lo que decimos ahora es esto: como se predijo que iba a suceder: Levántate sobre los cielos, ¡oh Dios!, y, aunque no lo vimos, lo creemos; ved que ante nuestros ojos está lo que sigue: Levántate sobre los cielos, ¡oh Dios!, y sobre toda la tierra tu gloria. Que no crea lo primero quien no vea lo segundo. ¿Qué significa, pues: y sobre toda la tierra tu gloria, sino sobre toda la tierra tu Iglesia, sobre toda la tierra tu noble mujer, sobre toda la tierra tu esposa, tu amada, tu paloma, tu mujer. Ella es tu gloria, pues dice el Apóstol: El varón no debe cubrir la cabeza, puesto que es la imagen y gloria de Dios; la mujer, en cambio, es la gloria del varón. Si la mujer es la gloria del varón, la Iglesia es la gloria de Cristo.

(SAN AGUSTÍN, Sermones (4o) (t. XXIV), Sermón 262, 1-5, BAC Madrid 1983, 653-56; sermón predicado en Hipona en la Solemnidad de la Ascensión, el día 4 de mayo del 411)

----- Aplicación -----

Alfredo Sáenz, S.J.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Jubilosamente celebra hoy la Iglesia la Ascensión del Señor. La vida pública de Cristo estuvo enmarcada por dos cuarentenas: primero en el desierto, donde se preparó con la oración y el ayuno para entrar en la vida pública; y ahora, después de su resurrección, antes de retornar al Padre celestial. Como relata el evangelio, reunido con sus discípulos, les prometió el Espíritu Santo, luego los bendijo y comenzó a elevarse. Cuando la nube lo ocultó, aparecieron los ángeles, quienes anunciaron la segunda venida del Señor, para cerrar la historia.

El Señor completa así su ciclo: salió de Dios y ahora vuelve a Dios. Es lo que El mismo dijo: "Salí del Padre y vine al mundo, ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre".

Primero fue el descendimiento, la kénosis, la humillación, el anonadamiento, tal como lo declara San Pablo cuando escribe a los filipenses: "Se anonadó a sí mismo, tomando la condición de esclavo", y aún siguió descendiendo más, cuando fue en busca de los justos del Antiguo Testamento que estaban en los infiernos. Pero allí comienza la otra cara de su misterio, su exaltación, su glorificación. Después de haberse levantado de entre los muertos y de convivir con los discípulos, que atónitos pudieron contemplar su cuerpo glorioso durante cuarenta días, ascendió hacia su Padre celestial para tomar posesión de la gloria, "gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad".

La Ascensión es la consumación de la Resurrección y el cumplimiento de toda justicia, ya que, como el mismo Señor lo declaró, "el que se humilla, será exaltado". La Ascensión es la contrapartida de su humillación. Por eso al llegar al cielo, el Padre le

dio "el nombre sobre todo nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble".

"Dios asciende entre aclamaciones", dice la Escritura. Cristo vino a luchar un combate y, luego de vencer, a semejanza de un Rey victorioso que es aclamado por su pueblo al retornar a su ciudad habiendo derrotado al enemigo, así ingresa en el cielo entre los vítores de los coros angélicos.

Jesús venció al demonio con la espada de la Cruz y le arrebató el botín, la humanidad caída, ya que "éramos hijos de la ira por naturaleza".

Pero el ascenso de Cristo no fue sólo su propia victoria, sino también la nuestra, la victoria de toda la humanidad, ya que en Cristo toda la naturaleza humana está sentada en el cielo. El Señor había dicho: "Una vez elevado, todo lo atraeré hacia mí". De ahí lo que afirma San Pablo: "Tenemos plena seguridad de que podemos entrar en el Santuario por la sangre de Jesús".

Por eso la Ascensión del Señor es para la Iglesia un motivo de gozo y de esperanza, así como el fundamento de la alegría cristiana. Al ascender a los cielos, Cristo fue a prepararnos un lugar para nosotros. "Cuando me haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, estéis también vosotros", había dicho en su discurso de despedida.

De allí lo que San Pablo se anima a decirle a los romanos: "Considero que los padecimientos de la vida presente no son nada comparados con la gloria futura que se nos va a descubrir". Y esto San Pablo lo dice con legítima autoridad, ya que él, ciertamente, tuvo experiencia de lo que es soportar padecimientos. Él mismo se encargaría de enumerarlos en su carta a los corintios. En medio de sus sufrimientos, el Apóstol entrevió "la gloria futura que se nos va a descubrir". El Señor le mostró un destello de lo que le destinaba, y ello le pareció tan extraordinario que lo encontró inefable: "Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni sospechó la mente del hombre lo que Dios ha preparado para aquellos que le aman".

El misterio que hoy celebramos inflama nuestra esperanza. En la resurrección de Cristo está en germen nuestra propia resurrección. Con su ascensión hemos ya penetrado en el Santuario celestial. Que no nos abatan, pues, las cruces, los sufrimientos terrenos, ya que "no son nada comparados con la gloria futura que se nos va a descubrir". Tal pensamiento nos da ánimo, nos da fortaleza para perseverar a pesar de las dificultades. En medio de ellas, ya vislumbramos el final del camino. También fundamenta nuestra alegría cristiana, así como nuestra confianza: "No temáis, yo he vencido al mundo". Nos alienta asimismo a perseverar en la fe y a seguir aspirando a la santidad, para continuar sin descanso nuestra ascensión hacia Dios.

La Ascensión de Cristo es figura de nuestro progreso espiritual. Así como el Señor tuvo que batallar para ascender glorioso, también nosotros debemos luchar "el buen combate de la fe", si queremos recibir la "corona de gloria que no se marchita".

Cristo ha salido de Dios y ahora vuelve a Dios. También nosotros, que hemos nacido de Dios, debemos retornar a Él. Debemos completar nuestro ciclo, ese círculo sagrado. Y debemos ir completándolo cada día. Ascender cada día. Unirnos más a Dios cada

día por la virtud, por la oración, los sacramentos, y el cumplimiento del deber de estado. Ascender cada día hasta la culminación de nuestra peregrinación, hasta tomar posesión, con la gracia de Dios, de la morada que el Señor nos tiene preparada.

Pero para ascender, es preciso no mirar hacia atrás, ya que la ley en la vida espiritual es clara: "quien no avanza, retrocede". El estancarse es ya un retroceso. "Aspirad a los bienes celestiales, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios", escribe San Pablo a los colosenses. Tal debe ser la actitud de nuestra alma. Estar en tensión hacia Dios, dilatar permanentemente nuestra alma, para hacerla más capaz de Dios.

Digamos finalmente que nuestra vida deberá modelarse en la actitud de los discípulos cuando asciende el Señor. Ante todo, deberemos estar, como ellos, "con la mirada puesta en el cielo mientras Jesús subía", es decir, tratar de que nuestra alma y nuestro corazón se anclen en el cielo, en la eternidad. Y en segundo lugar apoyar los pies sobre la tierra, para trabajar en la construcción del Reino, siendo testigos del Señor resucitado "en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra".

Nuestro Capitán ya ha triunfado y está en el cielo. Sólo nos queda completar nuestra parte en el combate. El triunfo radical es de Cristo. Él va delante, y "si perseveramos con Él, reinaremos también con Él".

Dentro de algunos instantes el Señor descenderá sacramentalmente para alimentarnos. Pidámosle entonces que nos dé la gracia de ascender con Él, de elevar con Él nuestros corazones para que desde ya se pongan junto al Señor que ascendió a las cumbres del cielo.

(SAENZ, A. Palabra y Vida, Ciclo C, Ediciones Gladius, Buenos Aires, 1994, p. 169-172)

Benedicto XVI

Queridos hermanos y hermanas:

En la liturgia se narra el episodio de la última vez que el Señor Jesús se separó de sus discípulos (cf. Lc 24, 50-51; Hch 1, 2.9); pero no se trata de un abandono, porque él permanece para siempre con ellos —con nosotros— de una forma nueva. San Bernardo de Claraval explica que la Ascensión de Jesús al cielo se realiza en tres grados: «El primero es la gloria de la resurrección; el segundo, el poder de juzgar; y el tercero, sentarse a la derecha del Padre» (Sermo de Ascensione Domini, 60, 2: Sancti Bernardi Opera, t. VI, 1, 291, 20-21).

Inmediatamente antes de este acontecimiento tuvo lugar la bendición de los discípulos, que los preparó a recibir el don del Espíritu Santo, para que la salvación fuera proclamada en todas partes. Jesús mismo les dijo: «Vosotros sois testigos de estas cosas. Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre» (Lc 24, 48-49). El Señor atrae la mirada de los Apóstoles —nuestra mirada— hacia el cielo para indicarles cómo recorrer el camino del bien durante la vida terrena. Sin embargo, él permanece en

la trama de la historia humana, está cerca de cada uno de nosotros y guía nuestro camino cristiano: acompaña a los perseguidos a causa de la fe, está en el corazón de los marginados, se halla presente en aquellos a los que se niega el derecho a la vida. Podemos escuchar, ver y tocar al Señor Jesús en la Iglesia, especialmente mediante la palabra y los sacramentos. A este propósito, exhorto a los muchachos y jóvenes que en este tiempo pascual reciben el sacramento de la Confirmación a permanecer fieles a la Palabra de Dios y a la doctrina que han aprendido, como también a acercarse asiduamente a la Confesión y a la Eucaristía, conscientes de haber sido elegidos y constituidos para testimoniar la Verdad. Renuevo también mi invitación especial a los hermanos en el sacerdocio a que «con su vida y sus obras, se distingan por un vigoroso testimonio evangélico» (Carta de convocatoria del Año sacerdotal) y sepan utilizar con sabiduría también los medios de comunicación, para dar a conocer la vida de la Iglesia y ayudar a los hombres de hoy a descubrir el rostro de Cristo (cf. Mensaje para la 44a Jornada mundial de las comunicaciones sociales, 24 de enero de 2010).

Queridos hermanos y hermanas, el Señor, al abrirnos el camino del cielo, nos permite saborear ya en esta tierra la vida divina. Un autor ruso del siglo XX, en su testamento espiritual, escribió: «Observad más a menudo las estrellas. Cuando tengáis un peso en el alma, mirad las estrellas o el azul del cielo. Cuando os sintáis tristes, cuando os ofendan, ... deteneos a mirar el cielo. Así vuestra alma encontrará la paz» (N. Valentini - L. Žák (ed.), Pavel A. Florenskij. Non dimenticatemi. Le lettere dal gulag del grande matematico, filosofo e sacerdote russo, Milán 2000, p. 418).

Doy gracias a la Virgen María, a quien en los días pasados pude venerar en el santuario de Fátima, por su materna protección durante la intensa peregrinación a Portugal. A ella, que vela por los testigos de su Hijo amado, dirigimos con confianza nuestra oración.

(REGINA CAELI, Solemnidad de la Ascensión del Señor, Domingo 16 de mayo de 2010)

Gustavo Pascual, I.V.E.

La ascensión del Señor

Lc 24, 43-53

Hay algo que llama la atención en el Evangelio de hoy. Jesús se va a los cielos y dice el Evangelio que los discípulos “volvieron a Jerusalén con gran alegría”.

¿Cómo pueden volver con gran alegría si su amigo los deja y se va? La ausencia del amigo no produce alegría sino tristeza. ¿Por qué la alegría? Porque Jesús les ha prometido un Consuelo que es el Espíritu Santo pero también les ha prometido que va a poner su morada en ellos si lo siguen amando y habitará en ellos junto con el Padre y con el Espíritu Santo.

Jesús se va a la derecha del Padre para tener una presencia junto a los discípulos mucho más profunda, una compañía mayor que la que tenía cuando caminaba junto a ellos en su vida mortal y también en su vida gloriosa. La nueva compañía es la presencia de Jesús en su corazón sentado a la derecha del Padre.

¿Qué quiere decir que Jesús está a la derecha del Padre? Quiere decir que está junto al Padre con el mismo poder y soberanía que el Padre. No es un estar espacial sino un estar potestativo. Jesús por su muerte y resurrección ha sido enaltecido con el mismo poder divino. Por eso la compañía de Jesús después de la Ascensión no se limita a un lugar sino que está en todos los lugares y junto a todos los discípulos y con una profundidad y poder como el del mismo Dios. Jesús vive en nosotros como vive el Padre y el Espíritu Santo.

¿Y qué produce en nosotros la Ascensión? Alegría. Por saber que Jesús esta junto a nosotros de una manera extraordinaria y que su compañía nos da una seguridad total. ¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo?, decía San Pablo. Desde su Ascensión ya nada puede separarnos de Él si no dejamos de amarlo. Además produce en nosotros un deseo de subir para encontrarnos con Él. Y ¿cómo subimos a donde Él está? ¿Acaso no necesitamos un medio de navegación para llegar a Él? Sí, pero no se trata de una nave que recorra espacios siderales o cósmicos sino que nuestra nave es el corazón. Un corazón desapegado de las cosas de la tierra y enamorado solo de Jesús es la más idónea nave para subir hasta donde está Jesús. Él había enseñado que era necesaria su Ascensión porque cuando fuera elevado conoceríamos que era Dios pero también que para sus amantes la elevación sería como un imán que los atraería. Para subir a los cielos a la derecha del Padre donde está Jesús hay que caminar su camino de cruz porque la elevación de la cruz es necesaria para su Ascensión a los cielos. Caminemos con nuestra cruz renunciando a las cosas terrenas para vivir de las cosas celestiales donde Jesús nos espera.

Pero, ¿tenemos que estar mirando al cielo sin ocuparnos de lo terreno? No. Miremos el cielo porque ese Jesús que subió y fue ocultado por la nube volverá sobre ella para juzgar a vivos y muertos pero esa esperanza que nos hace vigilar mirando al cielo no es óbice sino al contrario es motivo para trabajar en éste mundo. En los Hechos de los Apóstoles se nos narra que los ángeles llamaron la atención a los discípulos porque se habían quedado mirando el cielo. La partida de Jesús es un don y una tarea. Es un don porque cuando Jesús se vaya junto al Padre enviará el Espíritu Santo sobre ellos y porque Él vivirá entre ellos hasta su segunda venida de una forma extraordinaria, junto al Padre, en la presencia del Padre. Es tarea porque les encarga el testimonio de su Pascua. Testimonio universal a todos y a todas partes.

Tenemos que esperar la Segunda Venida de Jesús pero tenemos que vivir la Venida presente, llamada por San Bernardo venida intermedia y que se extiende hasta la Parusía, como imitación de su primera Venida.

Esta tarea consiste esencialmente en el testimonio. Testimonio que se trasmite principalmente con la vida. Para ser perfectos testigos debemos encarnar lo que testificamos. El verdadero testigo tiene una relación íntima con los hechos que testifica y sobre todo con la persona sobre la que testifica. Su testimonio es una convicción tan profunda que está dispuesto a dejarse matar antes que negar aquello que testifica. Finalmente el testigo manifiesta a los demás su testimonio. Hace conocer la persona y los hechos de quien es testigo, de tal manera, que engendra nuevos testigos.

Jesús se elevó a los cielos y con las manos extendidas los bendijo. Este gesto de bendición transmite esa nueva presencia de Jesús. Su protección poderosa sobre sus discípulos y sobre todo la creación. El que vino del cielo desde Dios ha vuelto a Dios pero recapitulando y redimiendo por su Pascua todo la creación.

Juan Pablo II

“¡Asciende el Señor entre aclamaciones!”

Para la Iglesia entera y también para la humanidad es motivo de alegría profunda la celebración litúrgica del misterio de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, que fue exaltado y glorificado solemnemente por Dios. A Cristo que vuelve al Padre aplica hoy la liturgia las palabras jubilosas que dedica el Salmista al Eterno:

“Dios desciende entre aclamaciones,/ El Señor al son de trompetas./ Pueblos todos, batid palmas,/ aclamad a Dios con gritos de júbilo./ Porque Dios es el rey del mundo,/ Dios reina sobre las naciones,/ Dios se sienta en su trono sagrado” (Sal 46(47),6-9).

En este “misterio de la vida de Cristo” meditamos, por una parte, la glorificación de Jesús de Nazaret muerto y resucitado, y, por otra, también su marcha de esta tierra y su vuelta al Padre.

Esta glorificación, incluido su aspecto cósmico, San Pablo la acentúa cuando nos habla de la grandeza extraordinaria del poder de Dios respecto de nosotros, que se manifiesta en Cristo “resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo, por encima de todo principado y potestad... y de todo nombre conocido no sólo en este mundo, sino en el futuro” (Ef 1,20).

La Ascensión de Cristo constituye una de las etapas fundamentales de la “historia de la salvación”, es decir, del plan misericordioso y salvífico de Dios para la humanidad. Santo Tomás de Aquino, en sus meditaciones sobre los “misterios de la vida de Cristo”,

subraya maravillosamente, con su precisión neta y profunda, que la Ascensión es causa de nuestra salvación bajo dos aspectos. De parte nuestra, porque la mente se centra en Cristo a través de la fe, esperanza y caridad; y de su parte, en cuanto al subir nos prepara el camino para ascender nosotros también al cielo; siendo Él nuestra Cabeza, es necesario que los miembros le sigan allí donde Él les ha precedido. “La Ascensión de Cristo al cielo es directamente causa de nuestra ascensión, pues se incoa en nuestra Cabeza y a ésta deben unirse los miembros” (S. Th. III, 57,6,ad 2).

La Ascensión no es sólo la glorificación definitiva de Jesús de Nazaret, sino también la prenda y garantía de la exaltación, de la elevación de la naturaleza humana. Nuestra fe y esperanza de cristianos se refuerzan y corroboran hoy, pues nos invita a meditar en nuestra pequeñez, sí, en nuestra fragilidad y miseria, pero también en la “transformación” más maravillosa aún que la propia creación, transformación que

Cristo actúa en nosotros al estar unidos a Él por los sacramentos y la gracia. “Recordamos y celebramos litúrgicamente el día en que la pequeñez de nuestra naturaleza ha sido elevada en Cristo por encima de todos los ejércitos celestiales, de todas las categorías de ángeles, de toda la sublimidad de las potestades, hasta compartir el trono de Dios Padre -nos dice San León Magno-. Hemos sido establecidos y glorificados por este modo de obrar divino y así resplandece más maravillosamente la gracia de Dios..., y la fe se mantiene firme, la esperanza no vacila y el amor sigue encendido. En esto reside el vigor de los espíritus realmente grandes, esto es lo que realiza la luz de la fe en las almas fieles de verdad: creer sin vacilación lo que nuestros ojos no ven, tener fijo el deseo en lo que no puede alcanzar la mirada” (Sermo LXXIV,1; PL 54,597).

En el momento de separarse de los Apóstoles, Jesús les confiere el mandato de dar testimonio de Él en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines lejanos de la tierra (cfr. Hch 24,47).

...Todos somos pecadores y todos necesitamos “ese cambio radical de espíritu, mente y vida que en la Biblia se llama metánoia, conversión. Esta actitud es suscitada y alimentada por la Palabra de Dios que es revelación de la misericordia del Señor (cfr. Mc 1,15), se actúa sobre todo por vía sacramental y se manifiesta en múltiples formas de caridad y servicio a los hermanos” (Aperite portas Redemptori,5).

Este es el rico significado litúrgico, teológico y espiritual de la solemnidad de hoy. A este propósito deseo hacer más las palabras que otro gran predecesor mío, San Gregorio Magno, dirigía a los fieles de Roma reunidos en San Pedro en esta fiesta: “Debemos seguir a Jesús de todo corazón allí donde sabemos por fe que subió con su cuerpo. Rehuyamos los deseos de tierra, no nos contentemos con ninguno de los vínculos de aquí abajo, nosotros que tenemos un Padre en los cielos... Aunque os debatáis en el torbellino de los quehaceres, echad el ancla de la esperanza en la patria eterna ya desde ahora. No busque vuestra alma otra luz, sino la verdadera. Hemos

oído que el Señor ascendió al cielo, pues reflexionemos con seriedad sobre aquello que creemos. No obstante la debilidad de la naturaleza humana, que todavía nos retiene aquí, dejémonos atraer por el amor en pos de Él, pues estamos bien seguros de que Aquel que nos ha infundido este deseo, Jesucristo, no defraudará nuestra esperanza” (In Evang, Homilía XXIX,11; PL 76,1219).

(Ostia, parroquia de Santa Mónica, 8 de mayo de 1983. Homilía en la fiesta de la Ascensión)

Guión Domingo de la Ascensión del Señor
Ciclo C

Entrada

Celebramos hoy la Solemnidad de la Ascensión del Señor a los cielos. El Santo Sacrificio de la Misa que vamos a celebrar ahora es memoria de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, y también memoria de su Ascensión a los cielos. Participemos de este sacrificio ofreciendo nuestros cuerpos como ofrenda de agradable olor y anhelando los bienes del cielo.

1º Lectura Hech 1, 1-11

Contemplar a Cristo glorioso da sentido pleno a nuestra vida y nos estimula a ser sus testigos con la fuerza del Espíritu.

2º Lectura Ef. 1, 17-23

Dios Padre hizo sentar a su derecha en el Cielo a Jesús. Allí están nuestros tesoros de gloria, nuestra herencia.

(O bien)

Heb 9, 24-28; 10, 19-23

Cristo entró en el cielo, Sacerdote nuestro, para presentarse delante de Dios en favor de sus hermanos.

Evangelio Lc 24, 46-53

Los Apóstoles contemplan y adoran a nuestro Señor que sube a los cielos, y fortalecidos con su bendición se llenan de alegría.

Preces

La Ascensión de Cristo permanece estrechamente unida a la encarnación, pues sólo el que salió del Padre puede volver al Padre. A Cristo, que está delante del Padre para interceder por nosotros presentémosle nuestra oración.

A cada intención respondemos...

+ Te damos gracias Señor, por el don del sacerdocio, y te pedimos por todos aquellos que has elegido para perpetuar tu Sacrificio en el altar a favor de tus hermanos. Oremos.

+ Te damos gracias Señor, que precedes a los cristianos con tu ascensión a los cielos, y te pedimos fortalezcas a la Iglesia perseguida: que los que sufren tengan en el misterio que hoy celebramos la esperanza del triunfo del bien sobre el mal. Oremos...

+ Te damos gracias Señor por quedarte con nosotros, y te pedimos para que todos los cristianos sepan vivir el sentido verdadero del domingo participando en la Eucaristía. Oremos.

(Para los miembros del Instituto del Verbo Encarnado:

+ Te damos gracias Señor, por las bendiciones con que nos has favorecido, y te pedimos por el fundador de nuestra Familia Religiosa y por todos sus miembros, para que seamos fieles al carisma fundacional. Oremos).

Mientras peregrinamos en esta tierra, como miembros tuyos te hemos presentado, Señor, nuestras necesidades y deseos. Concédenos lo que te hemos pedido conforme a tu voluntad. Tú que vives y reinas junto al Padre, por los siglos de los siglos.

Ofertorio

Cada vez que celebramos la Eucaristía, anunciamos el triunfo del Señor, y por eso ofrecemos:

- **Cirios**, ofreciendo en ellos el testimonio apostólico de la vida consagrada.
- **Incienso**, ofreciendo la oración de los religiosos contemplativos.
- Las especies de **pan y vino**, unión de muchos granos de trigo y de vid, y en ellas la unión de nuestra familia religiosa en torno al altar.

Comunión

En Cristo, en su cuerpo glorificado, habita toda la plenitud de la divinidad; e incorporados a Él, alcanzamos esa plenitud en Él.

Salida

Que María Madre nuestra nos enseñe a poner nuestro corazón en las cosas del cielo donde Jesús nos prepara una morada.

*(Gentileza del Monasterio “Santa Teresa de los Andes” (SSVM) _ San Rafael _
Argentina)*